

EL ALFÉREZ

DOÑA CATALINA DE ERAUSO



D.^a Catalina de Erauso

El capitán Miguel de Erauso, vecino de San Sebastián, á fines del siglo XVI y principios del XVII, hubo en su mujer María Pérez de Galarraga tres hijos, militares los tres, otras tantas hijas, todas monjas profesas, y, además, el sér extraño vulgarmente conocido con el nombre de *La Monja Alférez*, militar como sus hermanos, monja como sus hermanas, en el claustro

Soror Catalina de Erauso, y en los ejércitos de Chile y el Perú Alonso Díaz Ramírez de Guzmán.

La existencia de este fenómeno antropológico consta del modo más auténtico en documentos y testimonios fehacientes de su época. Hablan

de tan singular mujer el Dr. Isasti, en su *Compendio histórico de la Provincia de Guipúzcoa*; el maestro Gil González Dávila, en su *Historia de la vida del ínclito monarca, amado y santo D. Felipe III*; Pedro de la Valle, *el Peregrino, en Carta á Mario Schipano*, fechada en Roma el 11 de Julio de 1626; y otros textos de menor importancia, escritos como los anteriores, en vida de la célebre Monja.

A los mismos días pertenece también la comedia de Montalván *La Monja Alférez*, compuesta el año en que ésta se hallaba en Roma, que fué el de 1626.

..... tenga fin aquí
 Este caso verdadero.
 Donde llega la comedia
 Han llegado los sucesos.
Que hoy está el Alférez Monja
En Roma, y si casos nuevos
 Dieren materia á la pluma,
 Segunda parte os prometo.

Aun más importantes son, sin duda, los documentos originales que existen en el Archivo de Indias, en Sevilla, sobre todo el *Expediente de méritos y servicios* del famoso Alférez, encabezado con un pedimento suyo, verdadera autobiografía, comprobada por las certificaciones de autoridades militares tan importantes como D. Luis de Céspedes Xeria, gobernador y capitán general del Paraguay, D. Juan Cortés de Monroy, gobernador y capitán general de Veraguas, y don Juan Recio de León, maestre de campo y teniente de gobernador, y capitán general y justicia mayor de las provincias de Tipoán y Chunchos. No hay personaje de aquel tiempo cuyos hechos capitales estén comprobados más plenamente que los del Alférez D.^a Catalina de Erauso.

A estas fuentes, de autenticidad indiscutible, podemos recurrir, por fortuna, para conocer la verdad, ya en vida de Catalina, considerablemente adulterada en narraciones novelescas tenidas por históricas aun en los mismos días que alcanzamos.

La principal de estas narraciones, considerada como verdadera autobiografía, y en la cual se funda cuanto dentro y fuera de España se ha escrito modernamente tocante a nuestra heroína, es la publicada en París, en 1829, por el ilustre hombre de Estado y de letras D. Joaquín María Ferrer, con el título: *Historia de la Monja Alférez, doña Catalina de Erauso, escrita por ella misma*.

Ya el docto crítico pudo observar en el texto de esta obra, comparándola algunas veces con preciosos documentos hasta entonces desconocidos y por él sacados á luz, numerosas equivocaciones en punto á fechas y nombres; pero, lejos de entrar en sospechas respecto á la autenticidad del manuscrito, atribuyó los errores observados á *la impericia del copista*; cuando estos errores, y otros de más bulto no reparados hasta ahora, la índole misma de la supuesta *Historia*, que tiene desde la cruz á la fecha todo el corte y sabor de novela picaresca, más burda quizás que ninguna otra, la carencia de toda prueba, ni memoria siquiera de que la Monja Alférez hubiera escrito su vida en ninguna forma, y, sobre todo, la radical diferencia de la figura verdaderamente histórica, la que los documentos nos ofrecen, con la que aparece en algunos capítulos de la novela, bastan sobradamente para evidenciar por completo que la pretendida autobiografía es poco más ó menos tan histórica como la comedia de Montalván ó la zarzuela de Coello.

Como en otros casos, la persona histórica es mucho más interesante, más poética que la personalidad de la leyenda. La imaginación del novelista ó del poeta, lejos de embellecer, ha afeado la figura de la heroína que intentaba enaltecer con sus invenciones, al convertirla en personaje ya de comedia de capa y espada, ya de novela picaresca. El Alférez Monja de su pretendida autobiografía no es siquiera un pícaro de la familia de los Lazarillos y Guzmanes; es un espadachín ó perdonavidas adocenado, más bien, un guapo ó jaque vulgar, sin talento, sin grandeza, hasta sin gracia, cuyas aventuras, toscamente referidas, están siempre lejos de despertar interés, y mucho menos simpatía. Pasajes hay en ese libro, tan repugnantes los unos, tan chabacanos los otros, que sólo con sólidas pruebas podrían ser atribuidos á la verdadera Monja Alférez, *hija de padres nobles, hidalgos y personas principales*, como ella misma nos dice, y de quien sus antiguos jefes aseguraban á una voz *haberle conocido siempre con mucha virtud y limpieza*.

¿Pues qué diremos de la licencia para vestir siempre hábito de varón, que en ese libro se supone haber otorgado á nuestra heroína la Santidad de Urbano VIII? ¿Ni qué del título de *ciudadano romano* concedido por el Senado de Roma? Es cierto que en cambio encontramos en él hechos ciertos y probados. Todo lo cual nos lleva, naturalmente, á creer que el autor de la novela tuvo en cuenta algún relato

de la vida del Alférez Monja, en que las invenciones y las verdades andaban ya mezcladas y confundidas.

La confusión comienza precisamente en lo relativo á la fecha del nacimiento de Catalina. El retrato de Pacheco, hecho en 1630, dice que tenía ésta entonces cincuenta y dos años, por cuya cuenta se la supone nacida en **1578**. La novela comienza así: «Nací yo Doña Catalina de Erauso en la villa de San Sebastian de Guipuzcoa, en el año **1585**.» Ahora bien: en los libros parroquiales de San Vicente consta que recibió el bautismo el 10 de Febrero de **1592**.

Su infancia nos es desconocida por completo. Todo cuanto se ha dicho sobre la violencia de su condición, que obligó á sus padres á recluirla desde muy niña en un convento, en el cual, al decir de un escritor francés, «*on eût dit d'un faucon élevé par mégarde dans un nid de tourterelles*», pertenece al dominio de la fábula. Entró en el convento de monjas Dominicanas de San Sebastián el Antiguo, como entraron también en él tres hermanas suyas; como entraban entonces tantas doncellas principales, esto es, por vocación religiosa ó conveniencia de las familias. Las condiciones personales de sus hermanas les permitieron profesar; las suyas le llevaron, á abandonar el convento antes que abrazar una profesión contraria á sus inclinaciones y deseos.

La noticia más antigua que de su vida ha llegado á nosotros se refiere al año de 1605, décimotercero de su edad y primero de su estancia en el convento, en el cual estuvo en calidad de novicia hasta Marzo de 1607. Desde esta fecha dejan de mencionarla los libros conventuales. A este mismo año pertenecen en cambio las primeras noticias de su vida militar. «Certifico y hago fe á S. M. que conozco a Catalina de Erauso de *mas de diez y ocho años á esta parte* que ha que entró por soldado en hábito de hombre», escribía, en 1625, D. Luis de Céspedes Xeria, antes citado. Catalina decía en 1626, en su pedimento, que «en tiempo de *diez y nueve años á esta parte*, los quince los ha empleado en las guerras del reino de Chile é Indios del Pirú.» Ahora bien: añadiendo á estos quince años los cuatro siguientes hasta 1626, en los cuales, descubierto su sexo, dejó de servir en la milicia, resultan los diecinueve á que hace referencia, y el de 1607 principio de su vida militar. A mayor abundamiento, el capitán de infantería española don Francisco Pérez de Navarrete, asegura en su certificación «que cuando llegué al reino de Chile, que *fué el año de seiscientos y ocho*, le hallé (al Alférez Monja) sirviendo en el estado de Arauco.»

Maravilla en verdad que una joven de dieciséis años, casi una niña, tuviese en tan tierna edad resolución y fortaleza bastantes para abandonar su país, su familia, el convento en que vivía, atravesar el Atlántico; y lo que es más sorprendente todavía, que la novicia de San Sebastián el Antiguo se nos muestre de repente convertida en soldado, combatiendo entre aquellos héroes

Que á la cerviz de Arauco no domada
Pusieron duro yugo por la espada.

Sus condiciones militares fueron tantas y tales, que el capitán Guillén de Casanova, castellano del castillo de Arauco, «la entresacó de la compañía por valiente y buen soldado, para salir á camppear al enemigo.» Por sus hechos mereció igualmente «tener bandera de S. M., sirviendo, como sirvió, de alférez de la compañía de infantería del capitán Gonzalo Rodriguez.» Y en todo el tiempo que sirvió, en Chile y el Perú «se señaló con mucho esfuerzo y valor, recibiendo heridas, particularmente en la batalla de Puren.»

No conocemos caso semejante en nuestra historia. Nuestras heroínas antiguas y modernas fuéronlo, por decirlo así, *de ocasión*, en momentos determinados, en alguna empresa memorable. Pero abrazar la carrera de las armas, ser militares de profesión, rivalizar con los mejores soldados en valor, disciplina, fortaleza, heroísmo, y por espacio de tantos años como la Monja Alférez, ninguna.

Solamente la doncella de Orleans es comparable con la doncella donostiarra. Naturalezas, no diré idénticas, pero sí parecidas, parecidos fueron también los impulsos que las arrojaron al combate. Cuenta la leyenda de Catalina que ésta abandonó el convento por una reyerta que tuvo con otra monja. ¡Pequeña causa para explicar tan grandes efectos! Es Catalina quien nos refiere los verdaderos móviles de su pasada á las Indias: «la particular inclinacion que tuvo de ejercitar las armas en defensa de la fe católica y el servicio del Rey», es decir, de la Patria.

La Fe y la Patria, he aquí los grandes sentimientos que despertaron las energías varoniles de aquella mujer extraordinaria; los que la infundieron el entusiasmo, el vigor, la constancia con que se arrojó á defenderlos al otro lado de los mares, en las tierras americanas. La sublime visionaria de la Lorena y la esforzada doncella bascongada son hermanas, mayor, si se quiere, la primera, y menor, la segunda, pero hermanas, seguramenre. La leyenda, que ha contribuído tanto á su-

blimar la figura de Juana de Arco, ha empequeñecido, por el contrario, la de la heroína del Arauco. La glorificación del martirio corona la grandeza de la doncella de Orleans: en este punto, como en otros, Juana de Arco no tiene igual, ni en la historia de Francia ni en la de ningún otro pueblo.

Lo que más es de admirar en el Alférez Monja, es que pudiera conservar, como rigurosamente conservó, el secreto de su sexo, de tal modo, que en los quince años que sirvió en Chile, no fuera conocida sino por hombre, hecho el más comprobado de todos en su expediente. Y no es que debamos atribuirlo exclusivamente al poder de su voluntad, como algunos pretenden, sino también á la singularidad de sus condiciones físicas, manifiestamente varoniles, como lo prueban su retrato y la descripción de su persona, que nos han dejado algunos de los que la conocieron y trataron.

Su resolución y entereza en la ocultación de su sexo rayaron, á no dudarlo, en lo increíble. Baste saber «que con estar en compañía del Alferez Miguel de Erauso, su hermano legítimo, en el reino de Chile, nunca se descubrió á él, aunque ella le conocía por tal hermano, y esto hizo por no ser descubierta, negando la afición de la sangre.»

De su aspecto varonil cabe formar cabal idea por la relación de Pedro de la Valle, que la conoció y trató en Roma, en 1626, cuando la antigua novicia fué en aquel año á echarse á los pies del Papa, confesando su vida é implorando el perdón de sus faltas. «Es, escribía, de estatura grande y abultada para mujer, bien que por ella no parezca no ser hombre. No tiene pechos: que desde muy muchacha me dijo haber hecho no sé qué remedio para secarlos y quedar llanos, como le quedaron: el cual fue un emplasto que le dio un italiano, que cuando se lo puso le causo gran dolor; pero despues, sin hacerle otro mal, surtío el efecto.»

«De rostro no es fea, pero no hermosa, y se le reconoce estar algun tanto maltratada, pero no de mucha edad. Los cabellos son negros y cortos como de hombre, con un poco de melena como hoy se usa. En efecto, parece mas eunuco que mujer. Viste de hombre á la española: trae la espada bien ceñida, y así la vida: la cabeza un poco agobiada, mas de soldado valiente que de cortesano y de vida amorosa. Sólo en las manos se le puede conocer que es mujer, porque las tiene abultadas y carnosas, y robustas y fuertes, bien que las mueve algo como mujer.»

¿Cómo y cuando se descubrió que fuese tal mujer? Lo positivamente cierto que, se sabe en este punto, es que se descubrió ella misma, en 1622 ó 23, al Obispo de Guamanga, por unas heridas de muerte que tuvo. Los pormenores de este hecho han quedado desconocidos. La leyenda se ha apoderado de él mas que de ningún otro. Baste decir que la supuesta *Historia*, la comedia de Montalván y la zarzuela de Coello, nos dan otras tantas versiones, todas ellas igualmente fantásticas. La más poética, sin duda, es la de Coello, quien, con su admirable instinto dramático, atribuye al amor el secreto de la mudanza operada en Cataluña.

¡Qué es lo que cambia mi sér?
Ya lo empiezo á vislumbrar:
La desgracia me hizo amar...
Y el amor me hace mujer.

Venida a España, en hábito de varón, solicitó y obtuvo, en premio de «sus servicios y largas peregrinaciones y hechos valerosos, un entretenimiento de setenta pesos, de á veintidos quilates. al mes, en la ciudad de Cartagena de Indias, y una ayuda de costa para el viaje.» Diríase que ya no sabía vivir lejos de la tierra americana, teatro de sus hazañas, tumba de sus cenizas.

Omito algunos otros pormenores de su vida, por considerarlos de secundaria importancia para el conocimiento de esta heroína excepcional, única en su siglo y en los anales de España, cuya verdadera historia concluyó el día en que se vió forzada á cerrar el cielo de sus aventuras con la revelación de su sexo.

ANTONIO SÁNCHEZ MOGUEL,

*
* *

APENDICES

I

(DE LA "MONJA ALFÉREZ", DE MONTALVÁN.

Jornada II, escena VII.)

En San Sebastian, que es villa,
En la provincia soberbia
Guipuzcoana: la más rica,
A quien el mar lisonjea,

Pues que llega á sus murallas
A contribuir las perlas.
Si bien de las olas se hacen,
Y olas después quedan hechas,
Nací, Don Diego; ¿mas cómo?
Te podra decir mi lengua
Que nació mujer? perdone
Mi valor tan grande ofensa.
Nací mujer, en efecto,
De antigua y noble ascendencia;
Es mi nombre Catalina
De Erauso, que mi nobleza
Me dió este noble apellido
Bien conocido en mi tierra.
En la edad, pues, si se escucha,
Que es cuando la lengua apenas
Dicciones distintas forma,
juzgaba naturaleza
Violenta en mí, pues desnuda
De la mujeril flaqueza
Me ocupaba, haciendo afrenta
A Palas cuando vió á Venus
Pasar los muros de Grecia:
La labor que es ejercicio
De la más noble doncella,
La trocaba por la espada:
Las cajas y las trompetas,
Me daban mayores gustos
Que las músicas compuestas.
Pero mis padres, mirando
En mi condición tan fiera,
En un convento, que es freno
De semejantes soberbias,
Me metieron. ¡Ay, Don Diego!
¡Quién explicarte pudiera
La rabia, el furor, la ira,
Que en mi corazón se engendra
En ocasión semejante!
Mas remito estas certezas
A las violentas acciones
Que has visto en mí en esta tierra.
Once años, y once siglos
Pasó allí mi resistencia,
Casi á imitación del fuego
Cuando le oprime la tierra:

Mas viendo que se llegaba
La ocasión en que era tuerza
Hacer justa profesión,
Ayudada de tinieblas
Y femeniles descuidos,
Dejé la clausura honesta,
Quiero decir el convento,
Y penetrando asperezas,
Montes descubriendo y valles,
Troqué el vestido; que alientan
Las desdichas con venturas,
Cuando los males comienzan.
Llegué á la corte, y Don Juan
De Idiaquez, que entonces era
Presidente, conociendo
Mi guipuzcoana nobleza,
Teniéndome por varón,
Por paje me admite, a fuerza
De peticiones que hice
Para obligar su grandeza.
Supo todo esto mi padre,
Vino á Madrid: mas resuelta
Y animosa, á Madrid trueco
Por Pamplona, ciudad bella.
A Don Carlos de Arellano
Serví en ella; mas la ofensa
De un caballero atrevido,
A quien di muerte sangrienta,
Me ausentó de allá, y partí
A la ciudad á quien besa
El Betis los altos muros,
Sevilla al fin, real palestra
De los que siguen á Marte;
Al fin seguí á Marte en ella.
En la armada me embarqué
Indiana, llegué á la tierra
Que á España la fertiliza
De oro que cría en sus venas.
Hubo con el Araucano
Soberbio sangrienta guerra;
Halléme en ella, mostré
El valor que en mí se encierra:
Yo sola en la escaramuza
Que ví trabada primera,
Maté... mas esta alabanza

Díganla voces ajenas.
 Que yo no te diré más
 De que en la ocasión primera
 Me dió Don Diego Sarabia
 De sargento la jineta,
 Y después, no pasó mucho,
 Me honrara con la bandera
 Que honró á Gonzalo Rodriguez,
 Muerto á las manos soberbias
 De bárbaros araucanos:
 Puesto que su muerte cuesta
 Muchas vidas á los indios,
 Y á mi heridas inmensas,
 Que si en mi pecho las miras
 Te daran clara evidencia.

.....

II

(DE LA "MONJA ALFÉREZ", DE COELLO.

Romance primitivo del acto I, escena VI.)

Al pie de un erguido monte
 Que el mar Cantábrico azota,
 San Sebastián, linda perla
 Aprisionada en su concha,
 Levanta la sien, saliendo
 Como Venus de las ondas.
 Allí nació ha veinte años,
 De su patria ultraje y honra,
 Una mujer, un prodigio,
 Que admira, asusta y asombra.
 Era desde los albores
 De su niñez venturosa,
 Tan fuerte y ágil de cuerpo,
 De espíritu tan indómita,
 Que el crédulo vulgo duda
 Lo que la fama pregona.
 Esperando corregirla,
 Hizola su padre monja...
 Bramó la fiera, acosada
 Por el dolor y la cólera;
 Pidió al ingenio la ira
 Su intervención protectora,
 Y al fin se huyó del convento
 De la noche entre las sombras.

Al despuntar la mañana,
Catalina reflexiona
Que lleva por donde marcha
Su delación en su ropa:
Que el que huye, aunque huellas deje,
Ni las mira, ni las borra.
En un castañar penetra,
Y con un vaquero topa,
Que, después de requebrarla,
Quiere pasar á las obras,
Riñe con él Catalina
Y por el monte lo arroja;
Mira después que esta herido,
Y su traje se acomoda,
Con el que, en hábito hombruno,
Hace su entrada en Vitoria.
Luchando con la desgracia,
En vez de achicarse, toma
Mayor altivez, más brío
Aquel corazón de roca;
Y la fugitiva es paje,
Y mercader, y blasona
De espadachín, y da tanto
Que hacer a jueces y á rondas,
Que su casa es casi siempre
La cárcel ó la parroquia:
Ó vive presa en la una,
Ó refugiada en la otra.

.....
Y este romance que digo
No es romance, que es historia
De Catalina de Erauso,
Por todo el mundo famosa.

